

recería la figura del cielo? Mas la costumbre de ver esta cada día, hace que los hombres no se maravillen desta hermosura, ni procuren saber las razones de las cosas que siempre ven, como si la novedad de las cosas nos hubiese de mover, mas que su grandeza, á inquirir las causas dellas. Porque ¿quién tendrá por hombre de razon al que, viendo los movimientos del cielo, y la órden de las estrellas, tan firme y constante, y viendo la conexión y conveniencia que todas estas cosas tienen, diga que todo esto se hizo sin prudencia ni razon, y crea que se hicieron acaso las cosas que ningun consejo ni entendimiento puede llegar á comprehender con cuánto consejo hayan sido hechas? Por ventura, cuando vemos alguna esfera movediza, ó reloj, ó algunas figuras moverse artificiosamente, ¿no entendemos que hay algun artificio y causa destes movimientos? Y viendo el ímpetu con que se mueven los cielos, con tan admirable lijereza, y que hacen sus cursos, tan ciertos y tan bien ordenados para la salud y conservacion de las cosas, ¿no echarémos de ver que todo esto se hace con razon, y no solo con razon, sino con excelente y divina razon?

Mas dejada aparte la sutileza de los argumentos, pongámonos á mirar la hermosura de las cosas que por la divina Providencia confesamos haber sido fabricadas. Y primeramente miremos toda la tierra sólida, y redonda, y recogida con su natural movimiento dentro de sí misma; colocada en medio del mundo, vestida de flores, de yerbas, de árboles y de mieses; donde vemos una increíble muchedumbre de cosas tan diferentes entre sí, que con su grande variedad nos son causa de un insaciable gusto y deleite. Juntamos con esto las fuentes perennales de las aguas frias, los lieucos claros de los rios, los vestidos verdes de sus riberas, la alteza de las concavidades de las cuevas, la aspereza de las piedras, la altura de los montes, la llanura de los campos. Añadamos á esto las venas escondidas del oro y plata, y la infinidad de los mármoles preciosos. Y demas desto, ¿cuánta diversidad vemos de bestias, dellas mansas, dellas fieras? Cuántos vuelos y cantos de aves? Cuán grandes pastos para los ganados, y cuántos bosques para la vida de los animales silvestres? Pues ¿qué diré del linaje de los hombres, los cuales puestos en medio de la tierra, como labradores y cultivadores della, no la dejan poblar de bestias fieras, ni hacerse un monte bravo con la aspereza de los árboles silvestres, con cuya industria los campos, y las islas, y las riberas resplandescen, repartidas en casas y ciudades?

Pues si todas estas cosas mirásemos de una vista con los ojos, como las vemos con los ánimos, ninguno habria que mirando toda la tierra junta tuviese duda de la divina Providencia. Mas entre estas cosas, ¿cuán grande es la hermosura de la mar? Cuánta la muchedumbre y variedad de las islas que hay en ella? Qué frescura y deleite de sus riberas? Cuántos linajes de pescados, unos que moran en el profundo de las aguas, otros que andan nadando y corriendo por cima dellas, otros que están pegados con sus conchas naturales á las peñas? Y el mismo mar de tal manera con sus playas y riberas, se abraza con la tierra, que de dos cosas tan diferentes viene á hacerse una comun naturaleza de ambas.

Luego el aire vecino á la mar, se diferencia entre dia y noche, el cual unas veces adelgazándose sube á lo alto, y otras espesándose se convierte en nubes, y recogiendo en sí los vapores de la mar, riega la tierra con

aguas, y corriendo de una parte á otra, causa los vientos. Y él tambien sostiene sobre sí el vuelo de las aves, y nos da el aire con que se mantienen y sustentan los animales.

Réstanos agora el postrer lugar del mundo, que es el cielo, tan alejado de nuestras moradas, que ciñe y abraza todas las cosas que es el último término y cabo del mundo: en el cual aquellas lumbreras resplandecientes de las estrellas hacen sus cursos tan ordenados, que son causa de grande admiracion á quien los contempla. Entre los cuales el sol moviéndose al derredor de la tierra, y nasciendo y poniéndose, es causa del día y de la noche, y llegándose á nosotros un tiempo del año, y desviándose otro, hace dos vueltas contrarias; y en este intervalo se entristece la tierra con su ausencia, y despues se alegra con su venida. Mas la luna (que como los matemáticos dicen, es mayor que la mitad de la tierra), caminando por las mismas vias que el sol, envía á la tierra la lumbrera que recibe dél, mudándose muchas veces, y eclipsándose con la sombra de la tierra, y eclipsando ella al sol, cuando se le pone delante. Y por los mismos espacios corren los planetas al derredor de la tierra, los cuales á veces se apresuran en sus movimientos, y á veces se tardan, y otras se detienen: que es cosa de grande admiracion y hermosura. Síguese luego la muchedumbre de las estrellas fijas, las cuales están de tal manera ordenadas, que vienen á hacer ciertas figuras por las cuales son nombradas, como es el carro, la bucina y otras semejantes, que son guia de los que navegan por la mar. Todo lo susodicho es de Tulio: el cual con el argumento de la fábrica, y hermosura, y provecho de las partes principales deste mundo inferior, y con la órden y constancia invariable de los movimientos del cielo, prueba que cosas tan grandes y tan provechosas, tan hermosas y tan bien ordenadas no se pudieron hacer acaso, sino que tienen un sapientísimo hacedor y gobernador.

Y un poco mas abajo, declarando el cuidado que la divina Providencia tiene de acudir á las necesidades humanas, dice della, que demas del comun pasto y mantenimiento de todo el mundo, produjo en diversos lugares diversas cosas para el uso y provision de nuestra vida. Y así vemos (dice él) que en Egipto el rio Nilo con sus crecientes riega y cubre en el tiempo del estío toda la tierra, y esto hecho, se recoge, dejando los campos ablandados y dispuestos para la sementera. A Mesopotamia hace fértil el rio Eufrates: en la cual cada año renueva los campos, y quasi los hace otros. Mas el rio Indo (que es el mayor de todos los rios), no solo alegra y ablanda los campos, sino tambien los deja sembrados, por traer consigo gran número de semillas, semejantes á los granos de que nascen las mieses. Muchas otras cosas memorables podria contar, que se crian en diversos lugares, y muchos campos fértiles, unos que dan una manera de fructo, y otros otra. Mas ¿cuánta es la benignidad y liberalidad de la naturaleza, en haber criado tantas, y tan diversas, y tan suaves cosas para nuestro mantenimiento, y estas no en un solo tiempo del año, sino siempre; para que con la novedad de los manjares, y con la abundancia dellos, se renovase nuestro gusto y deleite? ¿Y cuán saludables vientos, y cuán proporcionados á sus tiempos produce, no solo para el provecho de los hombres, sino tambien de los ganados, y de todas las cosas que nascen de la tierra, con los cuales los grandes calo-

res se templan, y con ellos se navega con mayor lijereza la mar?

Muchas otras cosas callamos, y muchas tambien decimos; porque no se pueden contar los provechos que nos traen los rios, y las mudanzas de la mar, cuando cresce, ó mengua, y los montes vestidos de verdura, y los bosques y las salinas que se hallan en lugares muy apartados de la mar, y la muchedumbre de las yerbas medicinales, que produce la tierra, y innumerables artes necesarias para el mantenimiento y uso de nuestra vida. Pues ya la mudanza de los días y de las noches sirve para conservar la vida de los animales, señalándonos un tiempo para trabajar, y otro para descansar. De manera que por todas partes se concluye, que este mundo se gobierna por la sabiduría y consejo divino, el cual por una manera maravillosa lo endereza y ordena á la salud y conservacion de todas las cosas. Lo susodicho es de Tulio en nombre de un filósofo estoico, el cual con tanta atencion discurre por todas las cosas del mundo, cebando y recreando su ánima en la contemplacion de las obras y maravillas de la divina Providencia. Lo cual es para confusion de muchos cristianos, que tan poco tiempo gastan en la consideracion de cosas tan admirables.

#### §. V.

Pruébase un solo Hacedor por el órden de las criaturas en el servicio del hombre.

Mas entre todas ellas es mucho para considerar, de la manera que todas (como una música concertada de diversas voces) concuerdan en el servicio del hombre, para quien fuéron criadas, sin haber una sola que se exima de su servicio, y que no le acarree algun provecho, y pague algun tributo temporal ó espiritual. En lo cual se ha de considerar cómo todas las cosas en este ministerio se ayudan unas á otras, como diversos criados de un señor, que teniendo diferentes oficios, se emplean todos cada cual de su manera en el servicio del señor. De lo cual resulta esta armonía del mundo, compuesta de infinita variedad de cosas, reducidas á esta unidad susodicha, que es el servicio del hombre. Pongamos ejemplo, comenzando del mismo hombre: el cual, segun Aristóteles dice, es como fin para cuyo servicio la divina Providencia diputó todas las cosas deste mundo inferior. Pues este, primeramente tiene necesidad del servicio de diversos animales para mantenerse de sus carnes, para vestirse y calzarse de sus pieles y lanas, para labrar la tierra, para llevar y traer cargas, y aliviar con esto el trabajo de los hombres. Estos animales tienen necesidad de yerba y pasto para sustentarse. Este se cria y cresce con las lluvias que riegan la tierra: estas se engendran de los vapores que el sol hace levantar así de la tierra como de la mar. Estos han menester vientos para que los lleven de la mar á la tierra. Los vientos proceden de las exhalaciones de la tierra. Para esto son necesarias las influencias del cielo, y el calor del sol que las saque della, y levante á lo alto. El cielo tiene necesidad de la inteligencia que lo mueva, y esta de la primera causa que es Dios, para que la conserve y sustente en el oficio que tiene. Desta manera podríamos poner ejemplo en todas las otras cosas criadas, y mostrar cómo se ayudan y sirven unas á otras, y todas finalmente se ordenan y reducen al servicio del hombre, para el cual fuéron criadas.

Donde es razon de considerar la divina sabiduría en haber ordenado las causas de las cosas de tal manera, que

unas tengan necesidad del ayuda y ministerio de las otras, y que ninguna por sí sola baste para todo; para que así se quitase á los hombres la ocasion de idolatrar, viendo la necesidad que las mas excelentes criaturas tienen del ministerio y uso de las otras. Porque el sol es el que entre todas ellas tiene mas virtud para la procreacion de las cosas, mayormente pues él da luz á todas las estrellas, y con la luz eficacia para sus influencias. Este planeta con su movimiento proprio allegándose y desviándose de nosotros, es causa de los cuatro tiempos del año, que son invierno, verano, estío y otoño, que son necesarios para la produccion de las cosas. Mas el mismo para causar días y noches (que no son para esto ménos necesarias) tiene necesidad del movimiento del primer cielo, que en un día natural hace que el sol dé una vuelta al mundo, y con esto se causa el día y la noche.

Asimismo los otros planetas y estrellas, segun los diversos aspectos que tienen entre sí y con el sol, son causa de diversos efectos acá en la tierra, como son lluvias, serenidad, vientos, frio, y calor y cosas semejantes. Esta cadena, ó, si se puede decir, esta danza tan ordenada de las criaturas, y como música de diversas voces, convenció á Averrois para creer que no habia mas que un solo Dios. Porque no se pueden reducir á un fin con una órden cosas tan diversas, si no hubiere uno que sea como maestro de capilla, que las reduzga á esta unidad y consonancia. Mas si fuesen dos, ó muchos dioses diferentes entre sí, y no fuesen conformes, ni subjectos uno á otro, no se podria causar esta unidad; porque cada uno tiraria por su camino, y unos impedirian á otros: como un navío entre vientos igualmente contrarios, el cual mientras así estuviese, no se moveria.

Esta hermosísima figura del mundo describe Séneca elegantemente á una noble matrona romana, por estas palabras. Imagina que al tiempo que nasces en este mundo, te declaro la condicion deste lugar adonde entras, y te digo: mira que entras en una gran ciudad, que abraza y encierra en sí todas las cosas, gobernadas por leyes eternas. Verás aquí innumerables estrellas, y una sola, que es el sol, el cual hinche con su luz todas las cosas, y con su ordinario movimiento reparte igualmente el espacio de los días y de las noches, y divide en partes iguales los cuatro tiempos del año. Verás aquí cómo la luna recibe del sol su hermano la claridad, á veces mayor, á veces menor, segun el aspecto y disposicion en que lo mira: la cual unas veces del todo se encubre, y otras, llena la cara de claridad, del todo se descubre mudándose siempre con sus crecientes y menguantes, y diferenciándose del día que precedió. Verás otras cinco estrellas, que van por diversos caminos, y corren contra el comun curso del cielo, de cuyos movimientos proceden las mudanzas y alteraciones de todas las cosas corporales, segun fuere favorable ó contrario el puesto y aspecto dellas. Maravillarte has de los nublados oscuros, y de las aguas que caen del cielo, y de los truenos y relámpagos, y de los rayos que caen de través.

Y cuando recreados ya los ojos con la vista de las cosas altas, los inclinares á la tierra, verás otra forma de cosas que te cause nueva admiracion. Verás la llanura de los campos tendidos por largos espacios, y los montes que se levantan en lo alto con sus collados cubiertos de nieve, y la caída de los rios que nascidos de una fuente, corren de oriente á occidente; y verás las arboledas que en lo alto de los collados se están meneando, y los grandes



bosques con sus animales y cantos de aves que en ellos resuenan. Verás los sitios y asientos de diversas ciudades, y las naciones cercadas y apartadas unas de otras, ó con montes altos, ó con riveras, ó lagos, ó valles, ó lagunas de agua. Verás las mieses crecidas con labor y industria, y otras plantas que sin ella dan fruto. Verás correr blandamente los ríos entre los prados verdes, y los senos y riveras de la mar que vienen á hacerse puertos seguros; y verás tantas diferencias de islas tendidas por ese mar grande, que causan distincion entre unos mares y otros. Pues ¿qué diré del resplandor de las perlas preciosas, y del oro que se halla entre las arenas de los arroyos cuando van crecidos, y del mar Oceano, que se explaya con gran licencia sobre sus riveras, y con sus tres grandes senos divide la habitacion de las gentes? Dentro del cual verás unos pescados de increíble grandeza, otros muy pesados que tienen necesidad de ayuda para moverse, y otros mas lijeros que una galera con sus remos, y otros, que siguiendo los navios, echan de sí una grande espadañada de agua, no sin temor y peligro de los navegantes. Verás navios que buscan tierras no conocidas, y verás que ninguna cosa quedó por tentar al atrevimiento humano. Hasta aquí son palabras de Séneca.

## §. VI.

Locura de los ateistas epicúreos que atribuyeron todo lo criado al acaso.

Pues siendo tan grande la variedad y hermosura de las cosas deste mundo, ¿quién será tan bruto, que diga haberse todo esto hecho acaso, y no tener un sapientísimo y potentísimo hacedor (g)? ¿Quién diría que un retablo muy grande, y de muchos y muy excelentes colores y figuras se hizo acaso, con un borron de tinta, que acertó á caer sobre una tabla? Pues ¿qué retablo mas grande, mas vistoso, y mas hermoso que este mundo? ¿Qué colores mas vivos y agradables, que los de los prados y árboles de la primavera? ¿Qué figuras mas primas, que las de las flores, y aves, y rosas? ¿Qué cosa mas resplandeciente, y mas pintada que el cielo con sus estrellas? Pues ¿cuál será el ciego que todas estas maravillas diga que se hicieron acaso?

Si por acaso yendo camino hallases en un bosque una casa de solaz de algun príncipe muy bien edificada, y proveida de todo género de mantenimientos, y de las oficinas que fuesen necesarias para servicio del príncipe, y vieses en ella sus mesas puestas, sus hachas encendidas, sus vergeles, y cisternas, y fuentes de agua, sus aposentos y lugares diversos para todos sus criados; y maravillado tú de todo este aparato, preguntases cómo se habia hecho esto, y te respondiesen que habia caído un pedazo de aquella montaña, y los pedazos della habian acertado á caer de tal manera, que sin mano de oficial se habian fabricado aquellos tan hermosos palacios, con todo lo que hay en ellos, ¿qué dirías? ¿Podría fingirse desatino mayor? Pues decidme ahora, si poniéndos vos de propósito á considerar la hermosura de la gran casa real deste mundo, y viendo la fábrica, y la provision de todas las cosas que hay en él, viendo esa bóveda del cielo tan grande, y tan compasada y pintada con tantas estrellas, viendo una mesa tan abastada de tantas diferencias de manjares como es la tierra con todas las carnes, y frutas, y otros mantenimientos que hay en ella, viendo tantas frescuras, y vergeles, y fuentes de

(g) Cont. quos Aug. lib. 11. de Civit. Dei, cap. 5. t. v.

agua, tantos paños de verdura como se ven por todas las montañas, y valles, y praderías de los campos, viendo las hachas y lumbreras que arden día y noche en medio desos cielos para alumbrar esta casa, y las vajillas de oro y plata, y piedras preciosas que nascen en los mineros de la tierra; los aposentos diversos y convenientes para los moradores desta casa, unos en las aguas para los que saben nadar, otros en el aire para los que pueden volar, otros en la tierra para los cuerpos grandes y pesados, y viendo sobre todo esto el regimiento de toda esta casa y familia, y el órden della, y cómo los ángeles, que son criaturas mas principales, mueven los cielos, y los cielos á los elementos, y de los elementos se forman los compuestos, y todo finalmente va encaminado para el servicio del príncipe desta casa, que es el hombre: quien todo esto ve con otras infinitas cosas que no se pueden comprender en pocas palabras, ¿cómo podrá creer que todo esto se hiciese acaso? ¿Cómo no verá que tuvo y tiene potentísimo y sapientísimo Hacedor?

Pues esta hermosura y grandeza del mundo, con la variedad de las cosas que en él hay, reducidas á aquella unidad que dijimos, movió no solamente á los filósofos, mas tambien á todas las gentes, á creer que cosas tan grandes, tan hermosas y tan bien ordenadas, no se habian hecho acaso, sino que tenían un sapientísimo y potentísimo hacedor, que con su omnipotencia las habia criado, y con su sabiduría las gobernaba. Y esto es lo que David exclama en el salmo 18 (h) cuando dice: Los cielos denuncian la gloria de Dios, y las obras de sus manos predica el cielo estrellado, etc. Quiere decir: la hermosura del cielo, adornada con tantas lumbreras, y la órden admirable de las estrellas, y la diversidad de sus movimientos y cursos predican la gloria de Dios, y hacen que todas las naciones le alaben, y se maravillen de su grandeza, y le reconozcan por hacedor y señor de todas las cosas. Asimismo el órden de los días y de las noches, el crecimiento y la disminucion dellos tan ordenada y proporcionada para el uso de nuestra vida, y la constancia invariable que en sus nascimientos y movimientos guardan, predicán y testifican, que obras tan grandes y tan bien ordenadas no se han de atribuir al caso, ó á la fortuna, sino que hay en el mundo un soberano presidente, que al principio crió todas estas cosas, y las conserva con summa providencia. Mas estas obras admirables no hablan ni testifican esto con voces humanas (las cuales no pudieron llegar al cabo del mundo); mas su habla y testimonio es la órden invariable, y la hermosura dellas, y el artificio con que están hechas tan perfectamente, como si se hicieran con regla y plomada. Porque esta manera de lenguaje se oye en todas las tierras, y convida á los hombres al culto y veneracion del Hacedor.

## §. VII.

Convénese lo mismo por la fábrica admirable del cuerpo humano.

Otro fundamento hay no ménos urgente que el pasado para conocer esta verdad. Porque no solo la fábrica deste mundo mayor, mas tambien la del menor (que es el hombre) nos declara que hay Dios, criador y hacedor dél. Porque en ella resplandescen tanto la sabiduría del hacedor, que pude decir Sant Agustín (i) con verdad, que entre todas las maravillas que hizo Dios por amor

(h) Psalm. 18. (i) Lib. de Ver. Relig. c. 29, t. 1, et lib. de Spirit. et anim. App. t. III, c. 55. Divers. tract. 21. Append. I. IX.

## §. VIII.

Conclúyese la materia misma por las habilidades que tienen las criaturas para su conservacion.

Y demas destos fundamentos susodichos, hay otro no ménos eficaz para el conocimiento desta verdad, y muy palpable y fácil de penetrar á cualquier entendimiento por rudo que sea. El cual procede de ver las habilidades que todos los animales de la tierra, de la mar y del aire tienen para todo lo que se requiere para su mantenimiento, para su defension, para la cura de sus enfermedades, y para la criacion de sus hijuelos. En todo lo cual ninguna cosa ménos hacen de lo que harían si tuviesen perfectísima razon. Así temen la muerte, así se recatan de los peligros, así saben buscar lo que les cumple, así saben hacer sus nidos, y criar sus hijos como lo hacen los hombres de razon. Y aun pasan mas adelante, que entre mil diferencias de yerbas que hay en el campo de un mismo color, conocen la que es de comer y la que no lo es, la que es saludable y la que es ponzoñosa, y por mucha hambre que tengan, no comerán della. La oveja teme al lobo sin haberlo visto, y no teme al mastín siendo tan semejante á él. La gallina no teme al pavon, siendo tan grande, y teme hasta la sombra de un gavián, que es mucho menor. Los pollos temen al gato, y no al perro siendo mayor, y esto ántes aun que tengan experiencia del daño que de las cosas contrarias podrían recibir.

Esta misma consideracion se aprovecha el mismo Tulio (l) para mostrar la sabiduría y providencia de aquel artifice soberano, que todo lo gobierna. Lo cual prueba declarando cómo todas las cosas que tienen vida están perfectísimamente fabricadas, y proveidas de todas las habilidades necesarias para conservarla. Del cual referiré aquí algunas cosas, dejando otras para sus lugares. Y comenzando por las plantas, dice así. Primeramente los árboles que nascen de la tierra, están de tal manera fabricados, que puedan sostener la carga de las ramas que están en lo alto, y asimismo con sus raíces afijadas en la tierra para atraer el jugo della, con el cual viven y se mantienen; y los troncos dellos están vestidos, y abrigados con sus cortezas, para que estén mas seguros, así del frío, como del calor. Mas las vides tienen sus ramales, que son como manos, con que se abrazan con los árboles, y suben á lo alto sobre hombros ajenos, y así tambien se apartan de algunas plantas que les son contrarias y dañosas, cuando están cerca dellas, como de cosa pestifera, y por ninguna via tocan en ellas.

Mas ¿cuán grande es la variedad de tantos animales, y cuán proveidos para todo lo que se requiere para su conservacion? Entre los cuales unos están cubiertos de cueros, otros vestidos de vellos, otros erizados con espinas, unos cubiertos de plumas, y otros de escamas. Y entre ellos unos están armados con cuernos, y otros se defienden huyendo con la lijereza de sus alas. A los cuales todos proveyó la naturaleza abundantemente del pasto y mantenimiento que á cada uno en su especie era proporcionado. Y podría yo referir aquí las habilidades que ella les dió para buscar este pasto y digerirlo, y cuán ingeniosa fué en trazar la figura y fábrica de los miembros que para esto son necesarios. Porque todas las facultades interiores de sus cuerpos de tal manera están fabricadas y asentadas en sus lugares, que ninguna

(l) Tull. ubi sup.

del hombre, la mayor es el mismo hombre: entendiendo por el hombre las dos partes de que se compone, que son cuerpo y ánima. Y dejando por agora el ánima, en la fábrica y composicion del cuerpo hay tantas maravillas, que no bastaron muchos libros que Galeno y otros escribieron para declararlas enteramente: cada una de las cuales por sí sola, y mucho mas todas ellas juntas, declaran la infinita sabiduría del artifice que tal fábrica ordenó. Porque no hay en el mundo palacio real, ni república tan concertada, que tenga tantas maneras de oficios y oficiales, quiero decir, tantas partes diversas, como tiene un cuerpo humano para su regimiento y conservacion. De las cuales unas sirven para cubrirlo, como es la piel, y la carne, y la gordura; otras sirven de cocer el manjar, como el estómago y las tripas delgadas; otras hacen la sangre, como el hígado; otras la llevan á todos los miembros, como las venas; otras enjendran los espíritus de la vida, como el corazon; otras llevan estos espíritus por todo el cuerpo, como las arterias; otras hacen los espíritus del sentido, como los sesos; otras reparten esta virtud por todo el cuerpo, como los nervios; otras sirven al movimiento, que depende de nuestra voluntad, como los morecillos. Algunas reciben las superfluidades del cuerpo, como el bazo, la hiel, los riñones, la vejiga, las tripas. Por otras pasa el aire que recrea los sesos y el corazon, como las narices, el garguero, los pulmones, y la arteria venal. Algunas sirven á los sentidos exteriores: conviene saber, á oír las orejas, á ver los ojos, á gustar la lengua y el paladar, á hablar los pulmones y el garguero. Otras sirven de fundamento ó armadura sobre la cual todas las demas partes se arman y establecen, como los huesos y ternillas. Y lo que acrecienta esta admiracion, es ver que tanta variedad de cosas, tan diferentes en las figuras, virtudes, oficios, dureza y blandura, vienen á forjarse de una tan simple materia, como es aquella de que se fabrica el cuerpo humano. Pues ¿quién habia de ser poderoso para producir de una materia tan simple, tanta muchedumbre de cosas tan diversas, sino solo aquel potentísimo y sapientísimo Hacedor? Pues la variedad y muchedumbre destas partes, la figura y oficios que tienen para el servicio del cuerpo humano, manifestamente declara no haberse hecho esto acaso, sino con summa providencia y artificio del que las formó.

Este mismo argumento prosigue elegantemente el mismo Tulio (k) en el libro ya alegado, procediendo por todas las partes, y por todos los miembros y sentidos del cuerpo humano, así los interiores que no se ven, como los exteriores que se ven; declarando cómo cada una destas partes sirve tan perfectamente á lo que conviene á la conservacion de la vida humana (que es para la sustentacion de nuestro cuerpo, y para el uso y oficio de los sentidos), que ningun entendimiento humano podrá descubrir en tanta variedad y muchedumbre de partes, alguna cosa que falte, ó que sobre, ó que no venga tan á propósito de lo que es necesario para este fin, que por ninguna via se pueda trazar otra mejor. Por donde concluye proceder esta obra de una summa providencia y sabiduría, que en ninguna cosa falta, y en ninguna yerra. Mas porque esta consideracion es muy profunda y provechosa, y pide mas largo tratado, adelante la proseguirémos mas copiosamente en su proprio lugar.

(k) Tull. lib. 2. de Nat. Deor.



haya superflua, y ninguna que no sea necesaria. Dió tambien ella á todas las bestias sentido y apetito, para que con lo uno se esforzase á buscar su mantenimiento, y con lo otro supiesen hacer diferencia entre las cosas saludables y dañosas. Y entre ellas unas hay que buscan su mantenimiento andando, otras rastrando por tierra, otras volando, otras nadando: entre las cuales unas toman el manjar con los dientes y con la boca, otras lo despedazan con las uñas, otras con los picos revueltos, otras maman, otras toman el manjar con la mano, otras lo engullen así como está entero, y otras lo mascan con los dientes. Todas tambien tienen sus lugares naturales adonde corren. Y así cuando á la gallina echan los huevos de patos para que los saque, despues de salidos á luz y criados, ellos mismos sin maestro se van derechos al agua, reconociendo ser este su lugar natural. Tan grande es la inclinacion que la naturaleza dió á todas las cosas para procurar su conservacion.

Muchas otras cosas pudiera traer á este propósito, y muchas dellas son muy notorias, como es ver con cuánta diligencia miran por sí los animales, cómo estando pacienciendo miran al derredor, si hay algun peligro, y cómo se escondan y guarezcan en sus madrigueras, y con cuánta diligencia se defienden y arman contra el temor y fuerza de sus contrarios, unos con cuernos como los toros, otros con dientes como los jabalies, otros mordiendo como los leones, unos huyendo, y otros escondiéndose, y otros con un intolerable hedor que echan de sí para detener sus perseguidores. Estas y otras semejantes habilidades refiere Tulio de los animales, los cuales careciendo de razon, hacen las cosas tan á propósito de lo que conviene para su conservacion y defension, como si realmente la tuvieran.

Pues arguyen agora los filósofos así: todos estos animales carecen de razon (porque en sola esta se diferencian ellos del hombre y el hombre dellos), y con todo eso hacen todas las cosas que pertenecen á su conservacion tan perfectamente como si la tuviesen: luego necesariamente tenemos de confesar que hay una razon universal, y una perfectísima sabiduría, que de tal manera asiste á todos ellos, y de tal manera los rige y gobierna, que hagan lo mismo que harian si tuviesen razon. Porque por el mismo caso que el Criador los formó y quiso que fuesen y viviesen, estaba claro que les había de dar todo lo necesario para conservar sus vidas; porque de otra manera, de balde y sin propósito los criara. Si viésemos un niño de edad de tres años, que hablase con tanta discrecion y elocuencia como un grande orador, luego diriamos: otro habla en este niño; porque esta edad no es capaz de tanta elocuencia y discrecion. Pues como vemos que todas las criaturas que carecen de razon, hagan todas sus obras conforme á razon (que es todo lo que conviene para su conservacion), necesariamente tenemos de confesar que hay esta razon universal, y esta summa sabiduría: la cual sin darles razon, les dió inclinaciones y instintos naturales, para que lo que en los hombres hace la razon, hiciese en ellas la inclinacion. Y esto advirtieron claramente los filósofos, los cuales dicen que las obras de naturaleza son obras de una inteligencia que no yerra. Queriendo decir son obras de una summa sabiduría, que hace sus obras con tanta perfeccion que ningun defecto se pueda hallar en ellas. Esta consideracion que nasce de las criaturas, movió á Sant Augustín á decir que mas fácilmente du-

daria si tenia ánima en su cuerpo, que dudar si hay Dios en este mundo, por razon del testimonio que desta primera verdad nos dan las cosas criadas.

Estas tres postreras consideraciones que aquí habemos tocado, tienen necesidad de mas larga declaracion. Y aunque lo dicho bastara para lo que pide la resolucion y brevedad desta introduccion, mas porque mi intencion es (como ya dije) dar materia de suavísima consideracion á las personas virtuosas, volverémos á tratar estas tres consideraciones mas copiosamente. En lo cual imitando aquellos dos sanctos doctores que dijimos, Sant Ambrosio y Sant Basilio, tratarémos de las obras de los seis dias, en que Dios nuestro Señor crió todas las cosas, para que por ellas levantemos los corazones al conocimiento de la bondad, y sabiduría, y omnipotencia, y providencia del que las crió para la provision de nuestro cuerpo, y para el ejercicio y levantamiento de nuestro espíritu. Para lo cual antiguamente ordenó la guarda del sábado (*m*), en el cual se escribe haber Dios descansado de la obra de la creacion (*n*), para que empleasen los hombres este dia en la consideracion de las obras que en los primeros seis dias habia obrado, y le diesen gracias por ellas; pues todas eran beneficios suyos.

Pues conforme á esto tratarémos primero del mundo, y de las principales partes dél, que son cielos y elementos; y despues descenderémos á tratar en particular de todos los cuerpos que tienen vida, como son las plantas y los animales, y al cabo tratarémos del hombre, que en el sexto y postrero dia fué criado. Y porque el cristiano lector se aproveche mejor desta doctrina conociendo el blanco á que toda ella tira, sepa que mi intento no es solamente declarar cómo hay un Dios Criador y Señor de todas las cosas (conforme á lo que al principio propuse), sino mucho mas declarar la providencia divina que resplandee en todas sus criaturas, y las perfecciones que andan juntas con ella.

Para lo cual es de saber que entre estas perfecciones tres son las mas celebradas, que son la bondad, la sabiduría, y la omnipotencia: que son los tres dedos de que Esaiás dice (*o*) que está colgada la redondez de la tierra. Destas tres perfecciones (que en él son una misma cosa) la bondad es la que quiere hacer bien á sus criaturas, y la sabiduría ordena y traza cómo se haya esto de hacer, y la omnipotencia ejecuta y pone por obra lo que la bondad quiere, y la sabiduría ordena. Pues estas tres cosas incluye la divina Providencia, la cual con un piadoso y paternal cuidado y summo artificio provee á todas las cosas de lo que les es necesario.

Es pues agora mi intento, mostrar cómo en todas las partes, así mayores como menores deste mundo, hasta en el mosquito y la hormiga, resplandescen estas cuatro perfecciones divinas, y otras muchas con ellas. Mas cuán grande sea el fructo desta consideracion, por esta razon se podrá en alguna manera entender. David (*p*) llama bienaventurados á los que escudriñan las palabras de Dios: pues no ménos los serán los que escudriñan sus obras, cuales son no solo las de gracia, sino tambien las de naturaleza; pues todas manan de una misma fuente. Y si la sabiduría (*q*) increada promete la vida eterna á los que la esclarecieren, ¿qué otra cosa tentamos hacer aquí, sino mostrar el artificio desta summa sabiduría, que

(*m*) Exod. 20. (*n*) Gen. 2. (*o*) Esai. 40. (*p*) Psal. 118. (*q*) Ecl. 24.

en todas las cosas criadas resplandee? Gran parte de la facultad oratoria es, saber notar el artificio de que usa un grande orador en sus oraciones, y no se precia poco Sant Augustín (*r*) de haber sabido hacer esto en algunos lugares de Sant Pablo. Pues ¿cuánto mejor estudio será inquirir y notar el artificio admirable de la divina sabiduría en la fábrica y gobierno de todas las cosas criadas? Y si de la reina Sabá se escribe (*s*) que desfallecia su espíritu considerando la sabiduría de Salomon, y las obras que con ella habia fabricado, ¿cuánto mas desfallecerá el espíritu devoto, considerando el artificio de las obras de aquella incomprehensible sabiduría, si supiere penetrar el arte y el consejo con que son hechas? Pues esto es lo que con el favor divino pretendemos hacer en este libro. ¿Mas para qué efecto? Para que conociendo en las obras criadas aquellas cuatro perfecciones divinas, que dijimos, se mueva nuestro espíritu al amor de tan gran bondad, y al temor y obediencia de tan grande majestad, y á la esperanza en tan paternal cuidado y providencia, y á la admiracion de tan gran poder y sabiduría como en todas estas obras resplandee. Esté es pues el fin adonde tira toda esta doctrina, y adonde ha de enderezar su intencion el piadoso lector, para que así pueda alcanzar estas virtudes susodichas, en las cuales consiste todo nuestro bien. Presupuesto pues agora este principio, comenzarémos á tratar de las principales partes del mundo.

#### CAPITULO IV.

Consideracion del mundo mayor, y de sus partes mas principales.

Comenzando pues por la declaracion de la primera destas tres partes (que es del mundo mayor), la primera cosa y como fundamento de lo que habemos de presuponer, es que cuando aquel magnificentísimo y soberano Señor por su sola bondad determinó criar al hombre en este mundo en el tiempo que á él le plugo (para que conociendo y amando, y obedeciendo á su Criador, mereciese alcanzar la vida y bienaventuranza del otro), determinó tambien de proveerle de mantenimiento y de todo lo necesario para la conservacion de su vida. Pues para esto crió este mundo visible con todas cuantas cosas hay en él, las cuales todas vemos que sirven al uso y necesidades de la vida humana.

Y así como en cualquier oficina ha de haber dos cosas, conviene á saber, materia de que se hagan las cosas, y oficial que las haga y introduzca la forma en la materia, como lo hace el carpintero y cualquier otro oficial: así proveyó el Criador que en esta grande oficina del mundo hubiese estas dos cosas, que son materia de que las cosas se hiciesen, y oficiales que las hiciesen. La materia de que todas las cosas se hacen, son los cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego. Los oficiales que desta materia fabrican todas las cosas, son los cielos con sus planetas y estrellas. Porque dado caso que Dios sea la primera causa que mueve todas las otras causas, pero estos cuerpos con las inteligencias que los mueven son los principales instrumentos de que él se sirve para el gobierno deste mundo inferior, el cual de tal manera pende del movimiento de los cielos, que vienen á decir los filósofos, que si este movimiento parase, todo otro movimiento cesaria de tal manera, que no quemaria el fuego un poco de estopa que hallase á par de sí. Porque así como parando la primera rueda de un reloj, luego todas las otras para-

(*r*) Aug. lib. 4 de Doctr. christiana, cap. 7. (*s*) 5. Reg. 10.

rian: así cesando el movimiento de los cielos (del cual todos los otros movimientos penden) luego ellos tambien cesarian.

Y porque estos cuerpos celestiales son los primeros instrumentos del primer movedor, que es Dios, y tienen tan principal oficio en este mundo, que es ser causa eficiente de todo lo corporal, los aventajó y ennoblecó el Criador con grandes preeminencias sobre todos los otros cuerpos.

I. Porque primeramente hízolos incorruptibles e impasibles, con estar siempre en continuo movimiento, y junto á la esfera del fuego. De modo que á cabo de tantos mil años como ha que fueron criados, perseveran en la misma entereza y hermosura que tuvieron el dia que fueron criados; sin que el tiempo, gastador de todas las cosas, haya menoscabado algo dellos.

II. Dióles tambien lumbre, no solo para ornamento del mundo (sin la cual todas las cosas estarian oscuras y tristes y sumidas en el abismo de las tinieblas), sino tambien para el uso de la vida humana; y, como dice el Salmo (*a*), el sol crió para dar lumbre de dia, y la luna para la noche. Y porque ella tambien se ausenta de nuestro hemisferio, crió las estrellas en su lugar, porque nunca el mundo careciese de luz.

III. Dióles tambien tanta constancia en sus movimientos, que dende que los crió, nunca han variado un punto de aquella regla y orden que al principio les puso. Siempre el sol sale á su hora, siempre hace con su movimiento los cuatro tiempos del año, y lo mismo hacen todos los otros planetas y estrellas. De donde procede que los que conocen la orden destos movimientos, pronostican de ahí á muchos años los eclipses del sol y de la luna, sin faltar un punto, por ser tan regulares y ordenados estos movimientos. Por cuyo ejemplo aprenderán todos los que en la Iglesia, ó en la república cristiana tienen lugar y oficio de cielos y de estrellas (que es de gobernar y regir los otros), cuán regulados y ordenados, y cuán constantes han de ser en sus vidas y oficios, para que en los que están á su cargo no haya desorden, si en los que los rigen la hubiere. Porque si la lumbre que ha de esclarecer las tinieblas de los otros se oscureciese, ¿cuáles estarán las mismas tinieblas? Y si un ciego guiare á otro ciego, ¿qué se puede esperar sino caída de ambos?

IV. Pues la grandeza destos cuerpos es tal, que pone admiracion á quien la piensa, y del todo sería increíble si no supiesemos que no hay cosa imposible al que los crió.

V. Y no es ménos admirable, sino por ventura mucho mas, la lijereza con que se mueven: de las cuales cosas tratarémos adelante cuando viniéremos á las grandezas y maravillas de Dios.

VI. Pues la hermosura del cielo ¿quién la explicará? ¿Cuán agradable es en medio del verano, en una noche serena, ver la luna llena y tan clara que encubre con su claridad la de todas las estrellas? ¿Cuán mas huelgan los que caminan de noche por el estío con esta lumbre que con la del sol, aunque sea mayor? Mas estando ella ausente, ¿qué cosa mas hermosa, y que mas descubra la omnipotencia y hermosura del Criador, que el cielo estrellado con tanta variedad y muchedumbre de hermosísimas estrellas, unas muy grandes y resplandecientes, y otras pequeñas, y otras de mediana grandeza,

(*a*) Psalm. 135.